

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

LA REVOLUCION FRANCESA
LA RELIGION Y LA IGLESIA ANTES DE LA REVOLUCION
PARTE DECIMOCUARTA

(SEGUNDA PARTE)

POR DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS

LA RELIGION Y LA IGLESIA ANTES DE LA REVOLUCION.

LIBRO PRIMERO.

LA RELIGIÓN REVELADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LAS PRUEBAS DE LA REVELACION.

§ I.—Consideraciones generales.

I.

Se admiran los defensores del cristianismo de que los libres pensadores no quieran discutir los fundamentos de la revelación cristiana; y como no comprenden su silencio, le celebran como una victoria, y censuran á sus adversarios por retroceder ante la lucha. Si no les cegára su celo, se guardarían bien de ver un triunfo donde no hay en realidad más que una derrota irremediable. Los libres pensadores no hablan de milagros como no sea para divertirse un rato con ellos; ¿será preciso decir por qué á los ortodoxos? Los filósofos son órganos de la sociedad, como todos los que toman una parte cualquiera en el trabajo intelectual; preguntar por qué no combaten los milagros equivale á preguntar para quién escriben. ¿Quién cree todavía en esos prodigios? Tampoco los libres pensadores hablan de profecías; ¿por qué? Porque las profecías son una especie de milagros, y los ánimos se preocupan hoy tan poco de lo sobrenatural, que apenas hay quien piense en que ha habido profetas; si la

cosa interesa, es como un hecho histórico; pero cuanto más se profundiza en la historia, más desaparece lo maravilloso, para dar lugar al curso natural de las cosas.

Es preciso que los apologistas del cristianismo tomen un partido: la creencia en lo sobrenatural se desvanece, como se desvanecen los sueños; ¿quién la ha destruido? Los filósofos del siglo XVIII; estos rudos destructores han destruido de tal manera, que lo maravilloso ha desaparecido de nuestras ideas y de nuestros sentimientos como si no hubiera existido nunca; en vano han tratado los partidarios del pasado de dar crédito á los milagros; los que han intentado renovarlos en pleno siglo XIX han dado el golpe de gracia al elemento milagroso de la fe; diríase que se proponían demostrar cuánta razón tienen los libres pensadores al señalar la mano de la impostura en los prodigios, de los que la crédula fe se alimentó por tanto tiempo. Hágase lo que se quiera por alentar las supersticiones, los milagros no harán ya fortuna en la patria de Voltaire y de Rousseau; hé aquí por qué los libres pensadores no se ocupan ya de los milagros

ni de las profecías: ¿para qué han de volver á emprender un debate terminado? Es como si se les obligara á disertar sobre espectros y hechicerías. Todo lo que les resta que hacer es ser historiadores de la lucha que ha acabado por el triunfo de la razón.

Nada más interesante que el estudio de las pruebas sobre que fundan los apologistas la verdad de la revelación cristiana; ántes las había en masa, unas más invencibles que otras; pero hoy la mayor parte de estos testimonios son desechados por los defensores del cristianismo, y los únicos que mantienen los milagros y las profecías no son hechos que encuentren acogida en un siglo racionalista. ¿Por qué abandonan las pruebas que otras veces consideraban decisivas? ¿Por qué se atienen á aquellas que tienen más probabilidades de ser acogidas? Pascal, que tanto trabajó por conservar la fe, escribe sobre los testimonios que se alegan en favor del cristianismo estas notables palabras: "Las profecías, los milagros mismos y las pruebas de nuestra religión no son de tal naturaleza que se pueda decir que son absolutamente convincentes," (1). Cuando un hombre que luchó con heroísmo contra la duda hace semejante confesión, es preciso decir que esos famosos testimonios no convencen, en realidad, más que á los ya convencidos. Para los que tienen fe, los milagros y las profecías y toda clase de pruebas son inútiles; á los que, por el contrario, no creen, porque les es imposible creer en lo sobrenatural, en vano se intenta probarles la revelación, porque no pueden creer en esos pretendidos testimonios, así como tampoco en la revelación misma. Cuando se sabe lo que es la fe, cómo se forma y cómo muere, eso no tiene nada de extraño, porque es necesario.

Dicen los teólogos que la fe es una gracia de Dios, entendiéndolo por tal, no esa comunicación permanente entre Dios y el hombre por medio de la cual el Creador ilumina á la criatura y la guía, sino un dón milagroso en que el hombre no es nada y en que todo es misterio. San Pablo persiguió á los discípulos de Cristo; y cuando mostraba tanto celo contra el cristianismo naciente, ya había oído hablar seguramente de la resurrección de Jesús de Nazareth y de sus milagros; á pesar de esos testimonios, no creía en Cristo, ni en su misión

(1) PASCAL, *Pensamientos*, xxiv, 18.

divina, ni que fuese el Mesías; creyó súbitamente después de una visión, después de un éxtasis; ¿fue después de alguna prueba nueva de la resurrección de Jesucristo y de sus milagros? Su fe misma era un milagro, un golpe de gracia; hé aquí la fe en su esencia. No se funda en testimonios, porque los testimonios que establecían la resurrección no habían cambiado de naturaleza cuando San Pablo, de perseguidor, se convirtió en apóstol; creyó en Jesucristo por un llamamiento directo de su divino maestro; pero esto no es ya un testimonio, es un prodigio.

Hé aquí por qué las pretendidas pruebas que se alegaron en favor del cristianismo no hicieron ninguna impresión en las clases superiores de la sociedad pagana, así como no la hacen hoy en los libres pensadores; en vano se acusa á la corrupción del mundo antiguo; Marco Aurelio vale tanto como un discípulo de Cristo, y Simmaco tenía de libertino tanto como Plutarco; sin embargo, el uno no se tomó siquiera el trabajo de escuchar las fábulas cristianas, y los otros quedaron apegados á las del paganismo. El cristianismo no convirtió á la antigüedad, que murió pagana; la era de la civilización moderna comienza con los Bárbaros: ¿cómo se convirtieron los Bárbaros? ¿Se hizo catequizar Clodoveo? Los Francos que siguieron á su jefe al bautismo, como le seguían al combate, ¿recibieron alguna instrucción sobre las pruebas de la revelación ántes de ser bautizados? Inaugúrase una época de credulidad y de ignorancia; en las tinieblas de la Edad Media es cuando florece sobre todo la fe cristiana; no se dirá seguramente que nuestros rudos antepasados creyeron en la autoridad de testimonios cualesquiera; creyeron porque se parecían al niño y estaban en ese grado de desarrollo intelectual en que se cree de buena gana lo imposible.

Sin embargo, desde la Edad Media hubo doctores é incrédulos; aunque el libro de los *Tres Impostores* no apareció hasta el siglo XVIII, la idea data del siglo XIII, del siglo de San Luis; la duda y la incredulidad van creciendo, hasta que llega una época en que los hombres nacen, por decirlo así, sin fe, al paso que ántes nacían creyentes. No quiere decir que el niño no esté dispuesto siempre á creer todo lo que se le quiere hacer creer; pero que se le abandone á sí mismo, es decir, que se deje á su razón desenvolverse libremente y que no se vicie su inteligencia, y él dejará de creer á la

edad en que nazca á la vida intelectual. ¿Cómo pierde la fe? ¿Después de haber pesado bien los motivos en pro y en contra de la revelación? Ignora toda esa ciencia, y, sin embargo, no cree ya, y no cree porque se rasga el velo de sus ojos y por que no puede creer más que lo que está en armonía con las luces de la razón. Los defensores del cristianismo imaginan que el incrédulo no cree porque no quiere creer. ¿Como si la fe fuese una cuestión de voluntad! ¿Por qué las pruebas de la revelación no producen ningún efecto en los libres pensadores cuando se prestan á escucharlas? Porque estas pruebas no se dirigen más que á los que tienen fe ó á aquellos cuya razón esta viciada y no ven la luz de la razón, como los ciegos no ven la luz del sol. El creyente lo cree todo, hasta lo imposible; el que no tenga la fe robusta de Tertuliano creará tanto menos cuanto más se le quiera convencer por testimonios que su razón no puede aceptar. En definitiva, las pruebas de la revelación se vuelven contra la revelación misma; basta exponerlas para destruir la fe; los enemigos más peligrosos del cristianismo no son los libres pensadores, son los apologistas.

II.

Entre las pruebas invocadas por los Padres de la Iglesia en favor de la revelación figuran los versos sibilíticos, que son, en efecto, de una precisión notable: la encarnación de Jesucristo, sus milagros, su suplicio y sus predicciones en todas las lenguas, hé aquí un testimonio que parece hecho para amenizar la conversación jocosa de Voltaire más bien que para edificar á los fieles: ¿no podría decirse que los discípulos de Cristo rivalizan en charlatanismo con los paganos? Pero hay en estas profecías algo más que el ridículo, hay una falsedad. Los que fabricaron los oráculos de las sibilas no creían en ellos, contaban con la ignorancia y la credulidad; ¿no es este el sistema de un impostor? Meditese en la fecha de esas imposturas y en quiénes son los culpables. No son monjes los que han inventado esa piadosa mentira, ni se ha hecho cuando el cristianismo había degenerado en prácticas supersticiosas; el fraude se cometió en los primeros siglos, los más puros de la religión cristiana, y se cometió para apoyar con él

la revelación: ¡la revelación fundada sobre una falsedad, sobre un crimen!

Este crimen no es el único. Apenas comienza á propagarse el cristianismo, cuando llovieron invenciones escritas, que no se sabe si calificarlas de ridículas ó de odiosas; son tan mezquinas y tan desprovistas de verosimilitud, que ha sido necesaria toda la credulidad de la fe para admitirlas; pero si los fieles creían tan fácilmente las cosas más increíbles, ¿qué autoridad pueden tener esos milagros que descansan en una fe tan fácil de engañar? Se supusieron cartas del rey de Edesa á Jesús y de Jesús á este pretendido príncipe, cuando en ningún Evangelio se ha dicho que Jesús escribiera cosa alguna; ¡sin embargo, los apologistas citan estos actos de falsarios como testimonios! Citan además las cartas de Pilatos; basta transcribir un fragmento de esas epístolas para confundir á los autores de la falsedad, así como á los que la explotaron: "Sucedió á poco, y yo lo he verificado, que los Judíos, por su envidia, se atrajeron una cruel condenación. Habiéndoles prometido su Dios que les enviaría su santo de lo alto del cielo, que sería su rey con justo título, y habiéndoles prometido que sería hijo de una virgen, el Dios de los Hebreos le envió, en efecto, siendo yo presidente en Judea. Los principales Judíos me le han denunciado como un mago; yo lo he creído, le he hecho azotar y se le he entregado; ellos le han crucificado, le han puesto guardias en su fosa y ha resucitado al tercer día," (1).

Todo el mundo reconoce hoy que estos supuestos testimonios han sido inventados; ántes gozaban de la misma autoridad que los Evangelios. Que se llame este fraude piadoso, no importa; por eso no deja de ser fraude. ¿Qué se ha de pensar de una religión que se dice revelada por Dios, atestiguada por los más admirables milagros, que tiene que recurrir á falsedades para forjarse títulos, y esto en el primer fervor de la fe! Los apologistas desearían poder repudiar esta vergonzosa herencia, porque la piedad fraudulenta subleva la conciencia moderna; imputan las falsedades á los herejes que pululan en los primeros siglos; verdad es que las herejías están manchadas de impostura tanto como la ortodoxia; pero ¿en qué disculpa

(1) VOLTAIRE, *Epístola á los Romanos* (Obras, t. xxx, p. 430, edición de Renouard).

esto á los ortodoxos? Para lavar á la Iglesia de la acusacion que los libres pensadores la han hecho sería preciso probar que solamente los herejes inventaron falsos testimonios, y que los ortodoxos fueron víctimas, en lugar de ser autores ó cómplices; ahora bien, hay falsificaciones que no han podido ser cometidas más que por ortodoxos y en intereses de la fe ortodoxa; tal es la interpolacion del famoso pasaje del historiador Josefo.

Josefo es contemporáneo del cristianismo naciente. El silencio que guarda sobre los maravillosos prodigios que llenan los Evangelios atestiguan contra esos milagros, y, por consiguiente, contra la revelacion, de la cual son el único apoyo. Un falsario imaginó hacer de Josefo un testigo para la religion cristiana; ¿es falso el pasaje entero, ó está solamente intercalado? Poco importa, no es por eso ménos evidente la falsificacion. En el siglo XVIII, los defensores del catolicismo discutian todavía sobre la falsificacion; los teólogos no soltaban nunca, sino en último extremo, sus pretendidos testimonios; los abades Houtteville y Bergier rompieron lanzas en favor de la autenticidad del pasaje de Josefo; en efecto, el testimonio sería precioso si fuera verdadero: ¡la resurreccion de Cristo atestiguada por un Judío, por un enemigo! ¡Qué prueba tan terminante para los incrédulos! Voltaire no era un sabio, pero tenía un dón que valía más que la ciencia, el buen juicio llevado hasta el genio, y respondió á Bergier: “¿No es absurdo que Josefo, tan apegado á su religion y á su nacion, haya reconocido á Jesus por Cristo? Vamos, amigo mio, si le crees Cristo, hazte cristiano; si le crees Cristo, Hijo de Dios, Dios mismo, ¿por qué no dices más que cuatro palabras?,” Voltaire se admira de que haya todavía teólogos bastante imbéciles ó bastante insolentes para tratar de justificar esa impostura (1). Bastaría el silencio de los Padres de los primeros siglos para confundir al piadoso impostor. ¡Qué! hay un testigo de la resurreccion de Cristo entre los mismos que le han crucificado, ¡y Justino, Clemente y Orígenes no reproducen ese testimonio! Orígenes combatiendo á Celso dice que Josefo no creía que Jesus fuese Cristo, ¡y el falsario cristiano le hace decir que “Jesus era Cristo!,”

(1) VOLTAIRE, *Consejos razonables á M. Bergier* (Obras, tomo xxx, p. 381).—*Diccionario filosófico*, palabra *Cristianismo* (tomo xxxiv, p. 415, nota).

¿No es esto sorprender al culpable en flagrante delito? (1).

Razon tiene Voltaire para decir: “Confesémoslo francamente, nosotros que no somos sacerdotes ni los tememos; la cuna de la Iglesia naciente no está rodeada más que de imposturas; es una serie no interrumpida de libros absurdos, bajo supuestos nombres, desde la carta del reyzeno de Edesa á Jesucristo y la de la Virgen Santa á San Ignacio de Antioquia hasta la donacion de Constantino al papa Silvestre,” (2). La donacion de Constantino no ha sido forjada por los herejes, Josefo no ha sido intercalado por un filósofo, las falsas decretales no son obra de un libre pensador. La historia nos muestra muchas religiones y muchos imperios; pues bien, en ninguna parte encontramos esta multitud de falsificaciones que se hallan á cada paso en los anales de la Iglesia. ¡Y se pretende que la Iglesia es el órgano de la verdad absoluta! ¿Acaso la verdad absoluta se apoya en embrollos? ¿Por ventura se apoya en crímenes? Porque es falso en su principio es por lo que el cristianismo tradicional no ha podido establecerse sino sobre falsos testimonios.

III.

“Creo de buena gana las historias cuyos testigos se hacen degollar.” Estas palabras de Pascal resumen un argumento favorito de los apologistas cristianos. Un escritor reformado que goza de gran autoridad entre los católicos, porque sostiene con ellos los milagros y la revelacion milagrosa, Abbadie, quiere fijarse en los testimonios de los mártires: “No debemos temer engañarnos, dice, suponiendo que los primeros cristianos tenían algun sentido comun; gentes que hacen profesion de mofarse de la pluralidad de los dioses y que practican una moral tan sabia no deben estar privados de la luz natural; ahora bien, es bastante difícil persuadirse de que gentes que tienen un ápice de buen sentido sufran la muerte por defender una causa, sin tener poderosas razones para creerla buena; su testimonio tiene tanto más peso cuanto

(1) El pasaje es referido por GIESELER, *Kirchengeschichte*, tomo I. l. p. 81, nota 1.—LE CLERC, en su *Biblioteca antigua y moderna*, examina la cuestion bajo todas sus fases, t. VII, p. 237.

(2) VOLTAIRE, *Historia del establecimiento del cristianismo* (Obras, t. xxx, c. XII, p. 506).

que la religion cristiana está fundada en hechos; si Jesucristo ha hecho milagros, si ha resucitado, la fe de los cristianos es verdadera; si Jesucristo no ha hecho milagros ni ha resucitado, la fe de los cristianos es falsa. Sin mentir, sería preciso que estos hombres hubiesen sido insensatos ó frenéticos, para morir de una muerte espantosa con la sola intencion de defender una religion fundada en hechos que no hubieran tenido razon para creerlos verdaderos... Que si creyéramos que la generalidad de los cristianos hubiera faltado á la razon en esto, no sé cómo podríamos acusar de ello á los primeros doctores de la Iglesia, tales como Clemente, Policarpo, Justino, Ireneo, etc. Si estos doctores se hubiesen contentado con decirnos que Jesucristo y los apóstoles habian hecho milagros, quizá podríamos dispensarnos de creerlos bajo palabra; pero cuando sufren la muerte por defender la verdad de ciertos hechos, de los cuales es imposible que fuesen instruidos, es decir, para sostener que los apóstoles habian recibido el dón de hacer milagros y de hablar lenguas extranjeras, confieso que comienzo á convencerme.”

¡Qué de ilusiones, cuántos errores y qué ceguedad hay en estas palabras! Los mártires son testigos: es la significacion del griego que ha pasado á nuestra lengua. ¿Qué se diría de un litigante que invocara testigos que no existían? Pues hé aquí lo que hacen los apologistas cuando reproducen el testimonio de los mártires, aunque entre estos pretendidos confesores hay un número considerable de ellos que no deben su corona más que á un piadoso fraude; es preciso, pues, comenzar por desecher los falsos mártires, porque aquí todavía los encontramos falsos, ó, si se quiere, leyendas que deben su origen á la ficcion y á la tradicion popular; la piedad cristiana puede admirarlas y sacar de ellas un objeto de edificacion; pero los profanos, que carecen de la gracia, no ven en ellas las más veces otra cosa que un conjunto de pequeñeces. No sabríamos por dónde empezar si este debate entrase en nuestro propósito.

Restan los verdaderos mártires. ¿En qué sentido son testigos los confesores y de qué dan testimonio? Testigo es aquel que atestigua lo que ha visto, y no hay más que los discipulos directos de Jesucristo que puedan ser citados como testimonio. ¿Fueron los apóstoles testigos y mártires de la revelacion? Eso pretenden los apologistas: que casi

todos los apóstoles murieron en los suplicios, confesando en ellos la verdad de los milagros y de la resurreccion de Jesucristo; pero los más hábiles críticos convienen en que se ignora de qué género de muerte perecieron los apóstoles (1). Supongamos que hayan sido mártires de su fe: ¿es verdad que han atestiguado al morir “que habian visto á Cristo hacer milagros y que le habian visto muerto y resucitado?,” Bergier lo dice, y Abbadie insiste en este tema, invocando hasta la tortura para defender su tesis. “Sabido es, dice, que cuando se da tormento á un criminal se le hace confesar su crimen; las torturas arrancan la confesion de las acciones más secretas, y es un medio casi infalible de descubrir la verdad,” (2). Parece como que los apologistas asistieron al suplicio y redactaron un proceso verbal de la deposicion de los acusados, así como de las confesiones que les fueron arrancadas. ¿Quién les ha dicho que los apóstoles fueron torturados por hacer constar hechos? La necesidad de la causa que sostienen. ¿Quién les ha dicho que los apóstoles declararon que habian visto á Jesucristo muerto y resucitado? Siempre su imaginacion y la necesidad de la causa. Pongamos la realidad en el lugar de las ficciones; tenemos fallos dictados contra cristianos: ¿qué leemos en ellos? “Teniendo en cuenta que tales y tales confiesan que son cristianos y se niegan á prestar homenaje y respeto al emperador,” (3). Tal es la fórmula de la sentencia, y no se encuentra en ella ni una sola palabra de los pretendidos hechos que los mártires hubiesen confesado; se les condena á muerte como rebeldes á la ley; suponer que los jueces han aplicado el tormento para hacer constar si los acusados reconocían que Jesucristo habia hecho milagros ó si habia resucitado es transformar á los magistrados en teólogos.

Hay todavía otra ilusion teológica en el sistema de los apologistas; aun cuando se les concediera que los apóstoles habian muerto por atestiguar que Jesucristo habia hecho milagros y habia resucitado, ¿se seguiría de ello que hubiesen testificado la divinidad de Cristo? Si los apóstoles no creían en la divinidad de su Maestro, ¿cómo ha-

(1) FRÉRET, *Exámen crítico de los apologistas de la religion cristiana* (Obras, t. III, p. 201).

(2) BERGIER, *Tratado de la verdadera religion*, t. IX, p. 475.—ABBADIE, *Tratado de la verdad de la religion cristiana*, t. II, página 16.

(3) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*.